

avanzaba, la rechazó causándole pérdidas considerables.

1847. Tomado Chapultepec por las tropas de los Estados Unidos á las diez de la mañana del dia 13 de Setiembre, sus columnas se movieron hácia las puertas ó *garitas* de la ciudad de Méjico. No obstante los descabros sufridos por el ejército mejicano, el entusiasmo no habia decaido en él, y se preparaba á hacer la defensa de la capital. Los batallones de guardia nacional que tenian una fuerza considerable, deseaban el combate; la tropa de línea queria vengar á sus compañeros, y el pueblo todo, lleno de entusiasmo, se preparaba á prestar los servicios que se le pidieran. Entre las personas particulares que, dominadas de un noble sentimiento hácia la patria, se pusieron al lado del general Santa-Anna, sirviéndole desde el principio de la defensa del valle de Méjico, como edecanes, se encontraban D. Antonio Haro y Tamariz, hombre de buena posicion social, retirado de los negocios públicos y de costumbres tranquilas; y D. Ignacio Comonfort, que se distinguió batiéndose en Churubusco y que mas tarde llegó á hacerse notable por su «Plan de Ayutla».

Efectuada la retirada de las tropas mejicanas, el general norte-americano Quitman empezó á ocupar la calzada de Chapultepec, colocando en cada uno de los arcos del acueducto tres rifleros y un fusilero. En el mismo orden colocó su fuerza el general Worth en la calzada de la Verónica. Los mejicanos tenian aun entre Chapultepec y las puertas ó *garitas* de la ciudad, un reducto, sin foso, en el Puente de los Insurgentes, situado en la calzada de Belen; y en la de San Cosme, la fortificacion de Santo Tomás en



Asalto de Chapultepec por los Norte Americanos

avanzaba, la rechazó causandole pérdidas considerables.

1847. Tomado Chapultepec por las tropas de los Estados Unidos á las diez de la mañana del día 13 de Setiembre, sus columnas se movieron hacia las puertas ó *caritas* de la ciudad de Méjico. No obstante los descalabros sufridos por el ejército mejicano, el entusiasmo no habia decaído en él, y se preparaba á hacer la defensa de la capital. Los batallones de guardia nacional que tenían una fuerza considerable, deseaban el combate; la tropa de línea queria vengar á sus compañeros, y el pueblo todo, lleno de entusiasmo, se preparaba á prestar los servicios que se le pidieran. Entre las personas particulares que, dominadas de un noble sentimiento hacia la patria, se pusieron al lado del general Santa-Anna, sirviendole desde el principio de la defensa del valle de Méjico, como *voluntarios*, se encontraban D. Antonio Haro y Tamayo, hombre de buena posición social, retirado de los negocios públicos y de costumbres tranquilas; y el general Lamort, que se distinguió batiéndose en Churubusco y que más tarde llegó á hacerse notable por su *valor* en la guerra.

Electo jefe de la fuerza de las tropas mejicanas, el general norte-americano Winfield Scott empezó á ocupar la calzada de Chapultepec, y colocó en cada uno de los arcos del acueducto tres cañones de 24 libras. En el mismo orden colocó en su línea de batalla cañones en la calzada de la Verónica. Los mejicanos se batieron entre Chapultepec y las puertas de la ciudad, en un reducido, sin foso, en el Puente de los Insurgidos, situado en la calzada de Belén; y en la de San Jacinto, de la fortificación de Santo Tomás en



Liz. M. Pujadas - Barcelona.

H.M.

Asalto de Chapultepec por los norte-americanos.

que vimos hacer alto á la fuerza del general D. Matías Peña, y contener á la columna de Worth. El general Quitman, creyendo que no encontraría ya, para tomar la ciudad, otra resistencia que la débil que pudieran oponer las puertas, hizo que su columna avanzase, protegida por los rifleros y la artillería que habia situado en los potrerros; pero pronto se encontró con el obstáculo del reducto defendido por el batallon de Morelia. Viéndose detenido en su marcha, y que con solo el esfuerzo de su infantería no podia forzar el paso, ordenó que avanzase la artillería, situó un obús de á ocho en frente del reducto, y batiendo por el frente y por el flanco la posicion, logró apoderarse de ella, obligando á retirarse al batallon que defendió el punto para dar tiempo á la reserva para que se replegase entretanto á la ciudadela. Worth habia continuado en esos momentos su avance hácia la fortificacion de Santo Tomás, por la calzada de la Verónica, de la que al fin se apoderó, obligando á retirarse al general Rangel á la puerta de la ciudad, donde el general Santa-Anna dispuso la defensa, colocando en las casas de uno y otro lado el suficiente número de soldados. El fuego hecho de las trincheras y de las expresadas casas, obligó á retroceder á los norte-americanos que avanzaban sin artillería y en pelotones, y que detuvieron su marcha para situar sus baterías que habian dejado detrás. Igual cosa le sucedió á la infantería de Quitman que avanzaba por la calzada de Belen, ametrallada por la artillería situada debajo de los arcos del acueducto, y recibida por un nutrido fuego de fusilería lanzado de la aspillera de la casa y de los flancos de la puerta de entrada.

1847. La fuerza que defendía este punto era la insignificante de ciento ochenta hombres del 2.º de Méjico, con tres piezas de á cuatro, dotadas del muy preciso número de artilleros para su servicio, á las órdenes del general D. Andrés Terrés. Una vez dueños los norte-americanos de Chapultepec, y vencidas las dificultades que encontraron en el camino, se dirigió hácia la puerta de Belen, contra la que empezaron muy pronto el ataque. Los defensores del punto atacado hicieron un fuego vivo y sostenido, que obligó á detenerse á los invasores, como he referido ya. Al tener noticia el general Santa-Anna del intento de los norte-americanos de hacerse dueños de la expresada puerta, y conociendo que la poca fuerza que la guarnecia era insuficiente para poder contener por largo tiempo á sus contrarios, envió un refuerzo de 400 hombres de los batallones de Inválidos y de Lagos, al mando del general Perdigon Garay y del coronel Barrios. Este refuerzo formó la reserva de la fuerza de la puerta de entrada y se situó á su espalda, cubierto con la casa de los guardas de la expresada puerta. Los norte-americanos, para forzar el punto, situaron dos cañones de á 24 á conveniente distancia, y comenzaron á disparar sus certeros tiros sobre el sólido arco de piedra que formaba la entrada de la puerta de la ciudad. Pronto las piedras del referido arco cayeron destrozadas por las balas de la gruesa artillería, causando bastante estrago en los defensores de la trinchera que estaba debajo. A la una de la tarde, y despues de tres horas de combate por aquel punto, las piedras que formaban la parte superior del arco, se desplomaron al terrible golpe de los muchos disparos de la

artillería, hiriendo á una parte de los artilleros mejicanos que servían uno de los cañones de la puerta, y matando á la otra. Tambien fueron heridos en aquellos momentos los oficiales de artillería Linarte y Mora, el del 2.º de Méjico, Zárate, y el hijo del mismo general Terrés.

En aquellos momentos en que mas necesidad habia de serenidad y sangre fria, se esparció la alarmante voz entre los defensores de aquel punto, de que los invasores habian penetrado en la ciudad por los puntos de la Candelaria y del Niño Perdido. Presentóse en tan críticos instantes al general Terrés el coronel Barrios, que estaba con la reserva, y le dijo, en presencia de varios oficiales, que las tropas mejicanas se iban retirando hácia la Inquisicion, y que, por lo tanto, él se veia en la precision de hacer igual cosa con su reserva. El general Terrés, segun él mismo dice en su parte al ministro de la Guerra, le prohibió terminantemente que se moviera del punto que ocupaba; pero aprovechando el instante en que el general Terrés se encontraba mas ocupado en defender la puerta de la ciudad, se retiró con la reserva, dejando así descubierto el flanco derecho de la posicion. Al ver los soldados que defendian la expresada puerta, que la reserva se habia retirado y que el general Ramirez que cubria las fortificaciones de la derecha, se habia tambien replegado con su brigada á la ciudadela, perdieron la confianza; y temiendo ser envueltos por los norte-americanos que avanzaron entonces en gran número, empezaron á desbandarse. La voz del general Terrés y de algunos buenos oficiales, consiguieron al fin restablecer el orden. Todos esperaban que el general Santa-Anna les

enviase un refuerzo; pero este general ignoraba lo que habia pasado con la reserva, y, por lo mismo, no creyó que se necesitaria de mas auxilio en el punto en cuestion.

Los norte-americanos entretanto avanzaban amenazando envolver la posicion, y haciendo un terrible fuego sobre los pocos soldados que defendian la puerta. Las pérdidas de estos últimos fueron aumentando; la esperanza de todo auxilio se habia perdido; y alarmados los soldados al ver á varios grupos de sus compañeros que defendian la izquierda, dispersarse tomando hácia el Paseo Nuevo, creyéndose ya flanqueados, imitaron el ejemplo de los fugitivos, entrando á la ciudad por la calle del Sapo. Abandonada así la puerta de aquel lado de la ciudad, los invasores se hicieron dueños de ella, y se dispusieron á romper sus tiros sobre la ciudadela que tenian á distancia de pocas varas. El general D. Andrés Terrés, que habia logrado reunir en la calle del Sapo á sus soldados, volvió con ellos á la ciudadela, puesto que ya la puerta de la ciudad estaba en poder de los norte-americanos.

1847. El general Santa-Anna, que se hallaba en aquellos momentos en el punto de San Cosme dictando las órdenes convenientes para resistir el ataque de los invasores por aquel lado, recibió un aviso en que se le hacia saber que la puerta de Belen habia sido abandonada y de que corria gran peligro de ser tomada la ciudadela que está próxima. Alarmado con aquella noticia, marchó en el acto Santa-Anna con la fuerza que le seguia, hácia el sitio amenazado. El general Terrés, que se encon-

traba en la ciudadela ocupado en colocar á sus soldados, despues de haber abandonado la puerta de la ciudad, en las trincheras que miraban hácia ésta, vió acercarse á él á D. Eligio Romero, diputado, el cual le dijo que el general Santa-Anna queria hablarle. Terrés se presentó á éste con ánimo de exponerle todo lo que habia pasado; pero Santa-Anna, ciego de cólera por el abandono del punto, y sin querer escuchar nada, dejándose llevar de su exaltado enojo, le amenazó, profirió contra él expresiones las mas ofensivas, y descargó al fin sobre él un latigazo que fué á herirle en el rostro. Hecho indigno de un general en jefe, que debe ser el primero en respetar á los jefes que llevan el honroso uniforme militar. «Mi resentimiento personal», dice el general Terrés en su parte al ministro de la Guerra, al tocar este desagradable incidente, «cedió ante la disciplina que ha sido siempre la norma de mi carrera militar. Yo no ví en aquel momento en S. E. mas que al caudillo del ejército nacional.»

Pasada esta enojosa escena, el general Santa-Anna intentó recobrar la perdida posicion, y para conseguirlo mandó al coronel Carrasco que acercase á la calzada el cañon que se hallaba en la fuente de la Victoria, para batir desde allí á los invasores que la ocupaban. Otro cañon se sacó de la ciudadela con el objeto de desalojar á los rifles invasores que, parapetados en la arquería del acueducto, hacian fuego sobre la ciudadela. Este cañon que se sacó por consejo de D. Antonio Haro y Tamariz, se colocó del otro lado de los arcos del expresado acueducto, y con sus certeros tiros contuvo el avance de los norte-americanos. No era menos terrible el fuego que el oficial que

mandaba la pieza de artillería situada en las cercanías de Belen de las Mochas, hacia con su cañon sobre sus contrarios, mientras el coronel Castro, con algunos soldados de infantería que pudo reunir, lanzaba una lluvia de balas que sembraban la muerte. Esta defensa hecha cuando los invasores creian poder avanzar sin obstáculo, sorprendió á los invasores, y el mejor elogio que se puede hacer del patriotismo que animaba á los mejicanos que, sin direccion ninguna obraban, son las siguientes palabras que el general norte-americano Quitman pone en el parte oficial dado á Scott. «Cuando yo creia», dice, «haber vencido á los enemigos y arrojádolos de la garita, recibian mis tropas una lluvia de fierro.»

1847. Entre los mejicanos que así disputaban el paso á los invasores en aquel punto, se distinguieron el teniente de artillería que dirigia el cañon, colocado, como he dicho, del otro lado de los arcos del acueducto; teniente que murió al fin cruzado el cuerpo por varias balas enemigas, y el guardia nacional del batallon Victoria D. Isidoro Béistegui que combatió con un valor sin ejemplo. Las tropas mejicanas trataron de hacer el último esfuerzo para recobrar la puerta, y se formó una columna para verificarlo; pero el vivísimo fuego de la artillería norte-americana contuvo aquel movimiento, y los señores Othon y D. Eligio Romero, que habian dispuesto el ataque, se vieron precisados á desistir de él despues de haber expuesto la vida y de haber sacado el segundo herido el caballo que montaba, por ocho balazos.

Casi al mismo tiempo que el general Quitman quedaba definitivamente dueño de la puerta de Belen, se apo-



Defensa de la garita de Belen

lanzaba la pieza de artillería situada en las baterías de Belén de las Mesas, hacia con su cañón sobre sus contrarios, mientras el general Castro, con algunas compañías de infantería que pudo reunir, lanzaba una lluvia de balas que sembraban la muerte. Esta defensa hecha entre los invasores creían poder avanzar sin obstáculo, sorprendió a los mexicanos, y al mejor sitio que se puede hacer del patriotismo que animaba a los mejicanos que, sin recibir ninguna orden, son las siguientes palabras que el general norte-americano Quitman pone en el parte que dio á Scott. «Cuando yo creía», dice, «haber vencido á los enemigos y arrojados de la garita, recibí de mis tropas una lluvia de hierro.»

Entre los mejicanos que así disputaban el paso á los invasores en aquel sitio, se distinguen el teniente de artillería que dirige el cañón, colonel como se llama, del lado de los arcos del acaudalado señante que murió al fin cruzado el cuerpo por varias balas enemigas, y el guardia nacional del batallón de San Mateo. Indigno histérico que combatió con un valor heroico. Las tropas mejicanas trataron de hacer el último esfuerzo para cerrar la puerta, y se formó una columna para resistirle con el vivísimo fuego de la artillería americana que movió aquel movimiento, y los señores Oñen y el digno Homero, que habían dispuesto al ataque, se vieron precisados á desistir de él después de haber agotado la vida y de haber sucado el seguro haciendo el caballo que montaba, por ocho batazos.

Castro se dio cuenta que el general Quitman quedaba solo en la garita de la puerta de Belén, se apresuró



Lit. M. Pujadas - Barcelona.

H.M.

J. F. Pérez - Editor.

Defensa de la garita de Belén.